

Cuentos para la memoria

Vicenta Siosi¹

No soy pendeja

¿Ves aquel trupillo gigante? Allí empieza el territorio Urariyu, en el recodo está el camino al cementerio Girnu y al poniente está la ranchería de Arawa. Arawa es familia nuestra por parte húmeda, su abuela y mi abuela eran primas carnalistas. En el último encuentro de autoridades indígenas Arawa me dijo:

Yo no soy pendeja, si debo entregar cinco láminas de techo, doy tres, si son ocho listones de madera, llevan cuatro; los pongo a firmar sin mostrarle factura y si no saben colocan la huella y si después reclaman, ahí está su huella certificando lo recibido, pero estos indios no protestan.

Y estoy de acuerdo con ella, en verdad los dirigentes no podemos ser bobos. Pero no se puede negar... en el fondo Arawa es buena y sobre todo atentísima en su casa, bueno casota porque tiene sus comodidades. Malo es el cura... el muy atrevido

expresó en plena misa del velorio de Ariskui Uriana que los líderes wayuu son explotadores, sacerdote perverso ese, pero yo también hablo mal de él y a todo el mundo le digo que es un cura maldito.

El bebé duerme

Los wayuu tienen por costumbre dejar a los bebés al cuidado de otros niños y estos también cuidan los ranchos cuando los adultos salen a cazar, a cortar leña, a buscar agua o cuando visitan otras rancherías.

Esta historia sucedió cerca de Pancho. Mappa dejó solos a sus cuatro hijos de uno, cuatro, seis y ocho años, mientras ella y su marido se fueron a Riohacha a comprar hilos para tejer mochilas.

El de ocho parecía tener menos, pues por el poco alimento que ofrece el desierto los indígenas no crecen mucho. Este, siendo el mayor, propuso a sus hermanos ir a recoger *sho'ò* al monte para comer. El de seis y el de cuatro estuvieron de acuerdo y el bebé no opinó porque no hablaba ni caminaba, por tanto, cargaron con él.

1. Escritora wayuu, comunicadora social, periodista y especialista en Planificación del Desarrollo Territorial. E-mail: apshana@hotmail.com

El descanso.
Fuente: Carlos Londoño



Se fueron por el camino del sur aprovechando la sombra de los trupillos. A cincuenta metros encontraron la primera mata de *shoò*, pero no tenía frutos. Los tres se iban turnando para cargar al pequeño. El de cuatro, cuando le tocaba el turno, casi no podía dar un paso y sus brazos apenas le alcanzaban para sujetarlo por la cintura. Los otros aprovechaban este momento para correr y tirarse terrones de barro, esconderse entre los cactus y lanzarles palos a las tórtolas con la esperanza de cazar una, pues las tórtolas se comen fritas y son deliciosas.

La verdad, tenían hambre, porque cuando sus padres se fueron solo les dieron un pocillo de chicha cerrera; hasta el bebé tomó su totuma de chicha.

Bueno, continuó. Se desviaron al oriente y por suerte encontraron un *shoò* con frutas, pero eran pocas y estaban pequeñísimas, a cada uno le tocaron seis y nada más.

Siguieron revisando en el monte. Las lagartijas azules corrían veloces persiguiéndose. El sol estaba alto y el calor hincaba la piel.

—Tengo sed —dijo el de cuatro.

Se dirigieron al pozo, este lo había donado una empresa petrolera quien también construyó un abrevadero para las cabras y una gigantesca alberca con grifos metálicos a cada lado para que



varias personas tomaran agua al mismo tiempo. Allí acudían todos los habitantes de la zona, mas algunos wayuu no trataban bien aquellas llaves y las habían roto colocando en su lugar tapones de madera, pero la presión del líquido los expulsaba y el agua se derramaba de día y de noche, así, alrededor del pozo se había hecho un arroyito que corría al norte.

Cuando divisaron el pozo entre los dividivis corrieron ansiosos, el de cuatro se retrasó porque con dificultad sostenía al bebé. Exhausto, al llegar lo colocó sobre el suelo y se pegó a beber de uno de los grifos. En verdad el agua no era muy dulce, pero era lo único para tomar.

Nadie más había a aquella hora del mediodía en aquel paraje. El silencio estaba colmado con cantos de perdices y balidos de ovejas escapadas de los rebaños. El de ocho descubrió cerca un arbusto de *shoò* lleno de frutillas moradas y grandes. Los tres empezaron a comer, a diez metros otro *shoò* los llamaba, tal vez era el suelo húmedo por el derrame que mantenía las plantas paridas. Descargaron cuatro arbustos y cuando se dieron por satisfechos volvieron a buscar al bebé, y lo vieron: su cabecita estaba dentro del arroyito. Lo alzaron, pero no gorgoriteaba, no se reía, no lloraba. Le limpiaron el barro de la cara y el de ocho lo cargó todo el trayecto de regreso. Lo acostaron en el chinchorro que estaba bajo la enramada y lo cubrieron con los flecos. Después construyeron una carretilla con trozos de cacto y jugaron el resto de la tarde con ella.

Mappa llegó a eso de las cinco, preguntó por el bebé y le dijeron que estaba durmiendo. La mujer encendió el fogón en el centro del patio, como hacen todos los wayuu al atardecer, preparó un arroz de cecina y comieron juntos.

Ya estaba oscureciendo cuando empezó a colgar los chinchorros dentro del rancho, porque los wayuu se acuestan temprano. Aquella noche la luna estaba llena y subía suavemente por el oriente iluminando las aldeas. Mappa miró largamente el chinchorro bajo la enramada, su hijo no se movía. Su marido prendió un tabaco y se sentó junto al fogón. ¿Dónde habrá aprendido este indio a fumar? Se preguntó la mujer mentalmente. Decidió acompañarlo hasta terminar su cigarro. Los tres chicos corrieron a acostarse y pronto se durmieron porque cuando Mappa entró a buscar la lámpara de petróleo para encenderla, respiraban sosegados.

Cerró la puerta para que no entraran los zancudos y se dirigió al chinchorro bajo la enramada, desenrolló los flecos y tocó al bebé. Estaba frío, rígido. Lo movió con brusquedad, pero no reaccionó. Llamó a gritos a su marido.

El bebé había partido por el camino luminoso, al cielo infinito creado por Dios para los wayuu. ■■